

do á veces en algunas señoras resabios del mal gusto que reinó en ya lejana época, cuando el teatro, escuela de costumbres y de lenguaje para la generalidad, se vió invadido por obras en las que sus autores *vestían de gitana á Melpómene*, según la expresión oportuna de Breton de los Herreros. Si este insigne escritor viviera hoy, no sabemos qué diría del *género bufó*, que en el arte de hacer reír ha sustituido al *flamenco*, cuando notara que las más picantes escenas de costumbres gitanas pasarían por sencillas comparadas con las monstruosidades que aparecen en muchos de esos *engendros bufos*, destinados á herir todo sentimiento delicado y noble, y que para oprobio del buen sentido moderno son objeto de constante aplauso.

Volviendo á nuestro propósito, diremos que si en vez de cuanto hemos indicado, júzgase que la gracia debe consistir en esas respuestas prontas é inesperadas, que bastan para aclarar ó poner término á las más árduas cuestiones; ó en esa ingeniosa suavidad con que muchas, sin que el interlocutor lo note, logran torcer el giro de conversaciones insensiblemente encaminadas á traspasar en cualquier sentido los límites de la conveniencia; ó bien á esas evasivas ya francas, ya veladas, pero amables siempre, que son negativas rotundas sin causar al que las recibe la molestia del desaire; á esos rasgos, en fin, donde resaltan rica imaginación y extraordinaria viveza unidas á la oportunidad más cortés, entonces bien puede decirse que la *sevillana* es graciosa en alto grado. Lo es en efecto á pesar de su seriedad, porque forzoso nos es decir, aunque esto sorprenda al que no haya estudiado bien los hábitos de este pueblo, que las hijas de Sevilla, en su mayoría inmensa, son serias; si no en el semblante, del que destierran toda imponente gravedad la alegría de sus ojos y la bondad de su sonrisa, lo son por su carácter formal, por sus costumbres dignas y severas, aunque tal afirmación desagrada á los que sostienen que en esta región meridional exáltanse las pasiones femeniles hasta el punto de hacerse indomables; lo que, sea dicho de paso, acontece con harta frecuencia en ciudades más cercanas al Norte que la nuestra, en las que encuentran apologistas y defensores *la mujer que mata y la mujer que vota*.

Sensala y adusta siempre la sevillana de antiguas épocas, que sentía esa dolencia del alma, ese envenenamiento moral, cuyo eficaz antidoto señala el discreto hidalgo manchego en los versos que dedica á la enamorada Altisidora, si era tan desgraciada que no procuraba ó no conseguía *con el coser y el labrar y el estar siempre ocupada* hallar alivio á las ansias de su corazón, buscábalo consagrándose en el retiro del claustro á las prácticas del más riguroso ascetismo. Sin embargo, dos damas insignes, pertenecientes ambas á una fa-

milia célebre de Sevilla, apelaron á medio más fuerte: la mutilación por el fuego, que en sí misma llevó á cabo la esposa de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, pudo servirle para alejar de su alma una pasión amorosa tan insensata como indigna; y un medio análogo empleó la noble y casta matrona Doña María Coronel, desfigurando su rostro con aceite hirviendo, para desviar de él la mirada lasciva del monarca poderoso que la perseguía.

En este sentido poca variación existe hoy á pesar del cambio sucesivo y constante de las ideas. El monasterio aun suele ser para algunas el Léucade que ofrece bienhechor alivio á las dolencias del espíritu; y en cuanto á la mayoría, la que teme que el vértigo pueda arrastrarla á un abismo, recurre al puro, al elevado sentimiento de su deber, hallando salvación en ese místico fuego guardado en su alma, que en vez de entibiarse alcanza más fuerza y esplendor con la moderna cultura.

* * *

Estudiemos ahora otra faz que el carácter jocoso atribuido á las sevillanas presenta á la imaginación de los que no las conocen bien. «Son tan burlonas,—dicen algunos,—que hallan motivo para mofarse en los casos más graves y tristes de la vida.» «Con sus felices ocurrencias,—añaden otros,—logran poner en ridículo, si se les antoja, á la humanidad entera.»

Protestar deberían las que son objeto de tales suposiciones, que, ya se hagan en són de alabanza, ya como censura, siempre aparecerán injustas.

Hace años que cierto escritor francés dijo en una de sus más celebradas obras: «El ridículo todo lo mata, hasta la belleza.» Otro afamado novelista de la misma nación, aludiendo á una jóven que se mofaba de personas ausentes, dice estas ó parecidas palabras: «Daño hacen á la sociedad las que en tal sentido se precian de *ocurrentes*, mas ellas en primer término sufren los tristes efectos de su ligereza. Las personas de apocado genio se alejan temerosas de su lado, quizás odiándolas: las de carácter firme las tratan con oculto desvío y en silencio las compadecen ó las desprecian.»

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

(Continúa.)

PREPONDERANCIA DE LA IMAGINACION

EN EL BELLO SEXO.

(Conclusion.)

En ese trabajo la mujer llena su honrosísimo destino con sólo seguir el derrotero de su sensibilidad; distintivo culminante del bello sexo, como llena el hombre su misión tratando de sondear los abismos de la ciencia por medio de la atención y la reflexión, que sin tanto